

Cuando no se puede ser sino periodista

Gregorio Selser

«Wat sich ueberhaupt sagen laesst, laesst sich klar sagen; und wovon man nicht reden kann, darueber muss man schweigen».
(Todo aquello que puede ser dicho, puede decirse con claridad; y de lo que no se puede hablar, mejor es callarse).

Ludwig Wittgenstein, Tractatus Logico-Philosophicus, p. 30, Alianza Editorial, Madrid, 1973.

El día en que el presidente Arturo Frondizi fue derrocado el - 29 de marzo de 1962 - y trasladado a pedido propio a la pseudo prisión naval de la isla Martín García, tuve el raro privilegio de ser el otro y único arrestado de la jornada. Cinco agentes vestidos de civil que portaban sendos portafolios, en cuyo interior - lo supe después - guardaban otras tantas metralletas, estuvieron en mi casa, hurgando en mi biblioteca y mi archivo, seleccionando de entre millares de papeles y más de quince mil volúmenes, aquellos que pudiesen incriminarme como «comunista».

Cuando con una exclamación de júbilo hallaron el texto de un discurso del premier soviético Nikita Jruschov y lo pusieron aparte, con total seriedad les entregué varias carpetas con decenas de discursos de los presidentes Dwight Eisenhower y John F. Kennedy, ordenados por orden cronológico y con el membrete distintivo del United States Information Service (USIS). Les pedí que lo agregaran al paquete que preparaban. Miraron el material con incredulidad y sorpresa. No entendían. Les expliqué que, como periodista profesional y además como periodista militante socialista, tenía «el deber» de estar informado y documentado. De ahí la variedad ideológica y política de mi archivo. No me sirvió de nada.

Pasé esa noche en una calle del Departamento Central de Policía de Buenos Aires, buena parte de ella cavilando sobre la causa de mi detención. Aquella mañana yo había hecho una entrevista, casi a gritos, con un miembro del gabinete presidencial, cuyo texto había entregado a la mesa de redacción de *La Prensa*. Me preguntaba qué podía haber molestado al funcionario. Tampoco podía entenderlo como una orden de Frondizi, a quien durante casi todo su gobierno no me había

inhibido de censurar en publicaciones partidarias o independientes y en el semanario uruguayo *Marcha* del cual era corresponsal.

Al día siguiente y después de contestar una indagatoria de dos horas acerca de mis actividades políticas, fui puesto en libertad. Había sido apenas una operación disuasiva, quizás un suave cobro de cuentas por mis artículos en los que describía y denunciaba - ¡qué tiempos esos, en que podían hacerse sin que al periodista lo asesinaran o «desaparecieran»! - los abusos y excesos policíacos. Me mostraron copias de todo: mis trabajos, cuidadosamente archivados y con párrafos subrayados con tinta roja. Recuerdo que pensé que eran mejores archivistas que yo. Tiempo después me enteré que a esas mismas horas un comisario policial había entrevistado al director de *La Prensa*, doctor Alberto Gainza Paz, provisto de tan caudalosas *pruebas*, para solicitarle que me despidiera en vista de mis actividades «comunistas», y que su gestión no había tenido buen éxito.

Simplemente, aquel famoso conservador-liberal, acérrimo antiperonista y anticomunista, le respondió que «*La Prensa* no acepta órdenes ni pedidos de jefes de policía ni de presidentes de la república», y «mucho menos referidos a empleos o despidos de su personal»; y que, «por lo demás y para su información, el Sr. Selsler no es comunista y, aunque lo fuera, respetaría sus creencias y opiniones en tanto no las mezcle con su labor profesional, y me consta que no lo hace». Es esta la primera vez que hago público el episodio, con la gratitud que corresponde al *beaugeste* de aquel aristócrata hoy desaparecido.

Una de las crisis de Nixon

Para alguien que, como este cronista, pasó gran parte de su vida escribiendo acerca de política, sociología, economía y algunas veces sobre arte y literatura, o sea, sobre lo que ha estado pasando en el mundo, en el continente, en su patria, casi sin tiempo para otra cosa que no fuera su oficio - incluidas funciones de nivel universitario -, fueron escasas las ocasiones en que le tocó referirse a sí mismo. Si lo hace ahora... si lo hago ahora, a requerimiento de *Nueva Sociedad*, no descarto el riesgo que supone recordar sucesos en que actué como testigo o protagonista involuntario - por ejemplo, el de mi breve prisión en 1962 - sin caer en el prurito egotista. Pero, además, figura la circunstancia - ya apuntada - de que mi ejercicio periodístico, en su fase no estrictamente profesional, estuvo siempre vinculado a mi ubicación y militancia política socialista.

Me tocó en esa doble función afrontar, a principios de mayo de 1958, por designación de la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA), un debate promovido en la Rectoría de la universidad por el entonces vicepresidente de Estados Unidos, Richard M. Nixon, quien se hallaba en la capital para asistir a la asunción presidencial de Arturo Frondizi. Lo hice con franqueza, si bien procurando no incurrir en panfletarismos ni agravios de tipo personal. Fue un debate en el que pusimos a la historia de nuestra parte, enumerando las principales ocasiones en que EEUU había intervenido en América Latina. Lo rematamos con detalles acerca del derrocamiento del presidente Jacobo Arbenz en Guatemala y la denuncia de que una organización gubernamental casi desconocida entonces, llamada Central Intelligence Agency (CIA), había tenido el principal papel en esa acción. Nixon lo negó, aunque parcialmente procuró explicar «las otras» intervenciones y rechazó encarar la situación de Puerto Rico colonizado, por considerarlo «asunto concluido».

Al día siguiente, la prensa argentina - incluida *La Prensa* - se ocupó del debate imparcialmente, de lo cual resultó favorecida la representación de la FUBA. Los cables de las agencias UPI y AP me presentaron como un «periodista rojo» y atribuyeron la victoria a Nixon. Años más tarde, en su libro **Six Crises**, Nixon repitió la versión, mencionó mi nombre y me presentó poco menos que como un funcionario a sueldo del PC argentino, disfrazado de estudiante crónico. Yo había ingresado en la universidad apenas a principios de 1956, cuando a la caída de Perón quedó derogado un decreto que exigía la presentación del certificado de buena conducta expedido por la Policía Federal, para ser estudiante. Y yo no había podido serlo en virtud de esa prohibición.

En los días siguientes, Nixon fue abucheado, insultado agredido y vituperado en Bolivia, en Perú y en Venezuela. Su traductor, el militar Vernon Walters, perdió varios dientes por una pedrada en Caracas, donde hubo poco menos que un motinamiento popular.

Cuando esas noticias cubrían el mundo entero, el doctor Gaínza Paz me invitó a su despacho para agradecerme por no haber «aprovechado» en mi curriculum de presentación en ese debate mi condición de redactor de *La Prensa*, y - en aparente contradicción - «por haber dejado en alto el nombre de *La Prensa* al sostener el debate con Nixon en un nivel de decoro y responsabilidad que nos honran a todos, habida cuenta de todo lo que le ha ocurrido en otros países a ese señor. Por (el redactor Manfred) Schönfeld me he enterado agregó - que usted respetó a Nixon y que él no lo respetó a usted. Lo felicito y le doy las gracias».

Duré en *La Prensa* diecinueve años y jamás mi nombre apareció al pie del título de una crónica. Nunca hizo falta, porque mi función se refería a los temas de «obras y servicios públicos» en los que me hice experto, y por lo demás eran contados los redactores a los que se concedía el crédito del *by line*. Los millares de artículos y decenas de libros, fascículos y folletos, que durante varios lustros publiqué y firmé, los hice fuera de mis funciones en ese diario, a cuya biblioteca contribuí empero, rigurosamente, con un ejemplar de cada obra, donado meticulosamente y con dedicatoria. Eran las reglas del juego y siempre sospeché que el director se divertía con él, aunque mi labor editorial era política e ideológicamente el polo opuesto a la de la línea editorial del más que centenario periódico.

Adiós a Baires

Cuando le presenté mi renuncia, a principios de enero de 1975, presentí que sería la última vez que le vería. Tres meses antes me había autorizado a trasladarme a Perú para trabajar en la redacción del diario *Expreso*, como un modo de ponerme a cubierto ante amenazas de la «Triple A» que él mismo me aconsejó no desdeñar. Pasé a continuación más de tres meses en Europa como corresponsal viajero de *El Cronista Comercial* de Buenos Aires y al mismo tiempo como miembro de la redacción de la agencia Inter Press Service (IPS), de la que había sido colaborador intermitente durante años. Fue esta agencia la que me envió en julio de 1976 a Panamá, de donde pasé meses después a México, ya como investigador, en la rama de comunicaciones, del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET).

Desde el día que llegué a Panamá, donde se vivían los exitosos prolegómenos a la firma de los Tratados Torrijos-Carter, recuperé la fiebre periodística que había perdido - entre otras razones por miedo, que no me avergüenza reconocer - en los meses previos. Comencé y concluí en unas diez semanas un libro. Argentina era ya un inmenso campo de experimentación de los carniceros de la «Guerra Sucia», de todos modos imperante ya, desde antes de que los militares de Videla y Viola asaltaran el poder el 24 de marzo de 1976. Al término de su colosal obra necrofílica a lo *nacht und nebel hitleriano*, más de cien periodistas habían sido asesinados o «desaparecidos», entre ellos uno de mis inolvidables maestros, Rodolfo Walsh. La prensa en general consintió en autocensurarse, ahorrándole a las fuerzas armadas la tarea de las tijeras y asociándose en la práctica, junto con otro poder incontestable, el de la jerarquía eclesiástica, a la complicidad del silencio y de la tácita aprobación de la generalizada matanza, que nunca fue - como hoy se pretende - desconocida entre gran parte de la población.

De este proceso de degradación que sumió a la Argentina en uno de los más tenebrosos ocasos de su historia (en la que hubo otros de parecida factura), apenas se está recuperando la prensa escrita. De los programas de televisión más vale no ocuparse, porque siguen siendo tan abominables como durante el pasado reciente, pero éste parece ser un mal hereditario e incurable. Algunos noticieros radiofónicos rescatan, en materia informativa ágil y equilibrada, honesta y profesional, antiguos lauros del reporterismo, que parecían haberse esfumado del todo.

¡O tempora! ¡O mores!

El condicionamiento político-ideológico de los lectores de diarios es una realidad abrumadora. El periódico de mayor circulación en Argentina, *Clarín*, es un inmenso catálogo comercial cotidiano, una vidriera objetiva de la triste situación económica de la mayoría, constreñida a adquirirlo como urgencia para el empleo que se ofrece o se pide, para la compra y la venta pormenorizada en miles de avisos clasificados, que quitan espacio a la información y a la educación: grandes titulares y subtítulos, para noticias comprimidas por un estilo reduccionista y descontextualizado.

La Prensa, de una famosa circulación que superaba el medio millón de ejemplares hace medio siglo, apenas si supera hoy los diez mil ejemplares diarios. Para merecer esta decadencia se esmeró su actual director, Máximo Gaínza Castro. No vale la pena analizar su chato y panfletario contenido ultraderechista, comparado con su lejana historia vinculada a la corriente liberal y conservadora que dio lustre intelectual merecido a varias generaciones, enriqueció el debate de las ideas y dio fuerza nacionalista y latinoamericanista al enfrentamiento de fines de los años 20 y principios de los 30 con la política exterior de Estados Unidos, por ejemplo al sustentar con información y editoriales memorables la causa de Augusto C. Sandino.

Para peor, la dictadura de 1976 a 1983 provincianizó como nunca antes a los etnocéntricos argentinos, gran parte de los cuales suponen - consiéntasenos esta imagen ilustrativa - que los dirigentes de las grandes potencias del orbe, en sus reuniones cimeras, no dejan de preguntarse qué pensarán en la Casa Rosada de Buenos Aires acerca de lo que decidan en Washington, Moscú, Londres, París o Ginebra.

A raíz de la guerra desastrosa de las Malvinas, la infantilista rabieta de los frustrados milites - y también de los civiles - se descargó en el sorprendente descubrimiento de que más allá de la avenida General Paz - que divide a la capital federal de las provincias - o tierra afuera de las enormes fronteras nacionales, existía algo llamado América Latina.

Fue una transitoria «latinoamericanitis aguda», de algunas breves semanas de duración. Gastada la novedad gracias a la nada inocente ocultación periodística de la realidad de nuestra América, se retornó al tradicional escrutinio del propio ego.

No se trata de un fenómeno solitario. La institución de los *gatekeepers* o porteros o custodios del flujo informativo de las grandes agencias transnacionales de noticias, se hizo escuela a lo largo y ancho del hemisferio. La información acerca de los problemas que nos son propios en tanto países subdesarrollados, esquilmados, empobrecidos, no es sólo privilegio o proceso de voluntad y decisión de las centrales de la UPI, AP, AFP y ANSA, por citar algunas. A esa explícita censura que maniató nuestro acceso a la comprensión de la realidad que nos agobia, se une desde hace años la que perpetran los propietarios de los medios de comunicación, mediante las obvias instrucciones a directores, jefes de redacción y, sobre todo, jefes de las secciones de noticias y comentarios internacionales.

De hecho, la trágica temática de América Central es casi ignorada en la prensa escrita y electrónica de Argentina. Y también en la del resto del Cono Sur, exceptuados los órganos politizados o partidistas. No puedo dejar de recordar a aquel maestro del periodismo continental que fue en vida don Carlos Quijano, fundador y director del semanario *Marcha*, de Montevideo, un milagro de supervivencia al que los militares inevitablemente los militares - pusieron fin para acallar su magisterio latinoamericanista de décadas.

En *Marcha* tuvieron cabida, para honra y beneficio de nuestra América, periodistas que nos siguen enseñando con su capacidad profesional y su ejemplo - digamos algunos nombres: Eduardo Galeano, Mario Benedetti, Carlos María Gutiérrez, Francisco Moncloa, Rogelio García Lupo, Angel Rama, Julio Castro, Benjamín Carrión, varios de éstos con bien merecido renombre mundial - y que vivos o ya muertos enriquecen las tradiciones de la mejor prensa del continente, aquella para cuya síntesis simbólica no encuentro mayor referencia que la de José Martí. El semanario *Brecha* continúa hoy esa tradición.

Vocación ineludible

En la iglesia católica existe una convicción acerca de la ineluctabilidad de la vocación sacerdotal, que rige incluso para quienes hayan dejado los hábitos: *sacerdos semper sacerdos*. Trasladada a nuestro oficio, la locución pretende que el periodista nunca deja de ser periodista, aunque otras inquietudes y vocaciones le lleven a ejercicios emparentados, tales como los del escritor, poeta, dramaturgo, músico y hasta pintor. Me acuerdo con deleite que hace unos pocos años, en una convocatoria a una reunión a celebrarse en una capital latinoamericana, se invitaba a «artistas, escritores, intelectuales y también periodistas». No era chiste y desde entonces quedé gratamente acomplejado y algo así como «esclasificado».

¿Cómo se distingue a un periodista, que, como se diría en México, «no tiene de otra» que ser periodista?. Una vez me lo preguntó un alumno en la Universidad Nacional de La Plata. Le contesté, reflexionando sobre mi caso particular, quizás el de un obsesivo, que es aquel que tiene igual pasión permanente, cotidiana, por aprender, por conocer, por saber, que por transmitir inmediatamente todo «eso» a los lectores.